los muchos perezosos y malos, se aprovecharian de los sudores de los pocos laboriosos y buenos.

El ensayo hecho por el mismo Owen en la América, debiera haberle enseñado estas verdades. Lo acontecido en New-Harmony, no es un caso escepcional, sino un ejemplo de lo que por necesidad se verificaria en todos tiempos y paises. M. Owen, empeñado en no reconocer los vicios radicales de su sistema, achaca el mal écsito de su tentativa, á los elementos de que se componia su colonia; mas no advierte que el mismo mal que se halló en ella, se encontraria en todas las otras en grado mas ó menos intenso; y que si bien suponiendo una reunion de hombres mas inteligentes y morigerados, los inconvenientes no serian por de pronto tan graves, el maligno gérmen se desarrollaria á la sombra de la misma institucion, y lejos de mejorarse los individuos de que constaria la humanidad, se irian maleando cada dia mas, hasta parar á un estado que les imposibilitaria de continuar reunidos.

El quejarse de los hombres, de su mala índole, de su falta de instruccion y educacion, de sus perversas inclinaciones, de sus hábitos viciosos, es empeñarse en resolver el problema, sin contar con uno de sus datos mas esenciales; porque precisamente en todas las reformas en que se trata de plantear una nueva organizacion social, es menester contar con los hombres tales como son en sí, no como nosotros deseáramos que fuesen.

Aun cuando el sistema de Owen fuese muy racional y muy justo, bastaria que ecsigiese una preparacion imposible para que debiera ser mirado como una utopia irrealizable. Mas no está el mal en ecsigir una preparacion en los espíritus de todo punto imposible, sino en que para prepararlos se comienza echándolos á perder, destruyendo el sentimiento de la propia dignidad, negando la libertad, la responsabilidad, la conciencia, anonadando á todo el hombre moral, desenvolviendo todas las pasiones, inspirando amor á los goces, persuadiendo de que nuestro mas alto destino es pasar aquí en la tierra una vida agradable y placentera; en una palabra, quitando todos los estímulos que pueden conducir al bien, quebrantando todos los frenos que pueden retraer del mal, y dejando al hombre abandonado al ímpetu de sus pasiones, sin norte, sin guia, como bajel desmantelado en medio de las tempestades del Océano.

Esta breve reseña analítica que acabamos de hacer de las doctrinas de Owen, es una confirmacion de lo que hemos sentado al principio, de que los hombres que contemplan la sociedad, prescindiendo de las luces de la religion cristiana, se estravian lastimosamente no solo en lo que toca al orígen de nuestros males, sino tambien

en lo relativo á sus remedios; son pésimos filósofos cuando se proponen esplicar las causas del malestar del linage humano, y muy miserables hombres de gobierno cuando intentan destruir la organizacion ecsistente, y reemplazarla con otra nueva, que allá en sus sueños escogitaran.

Artículo quinto.

LA UTOPIA DE TOMAS MORO.

Entre los filósofos que se han distinguido en la Europa moderna por sus ideas reformadoras de la sociedad, figura un hombre ilustre en los anales de la Iglesia y en los fastos del humano linage; ya que ilustres son en todos tiempos y paises la sabiduría, la virtud y el heróismo. Hablamos de Tomás Moro, de ese gran canciller de Inglaterra, que selló con su sangre generosa su adhesion á la fé, y que se atrevió á resistir á la tiranía de Enrique VIII, anteponiendo los deberes de su conciencia á su fortuna, á los atractivos de su alta categoría y á su propia ecsistencia. Quien marcha impávido al cadalso por no hacer traicion á la causa de Dios; quien obedece primero á éste que á los hombres, ofreciendo su vida en un patíbulo, si al mismo tiempo ha hablado sobre la sociedad manifestando ideas nuevas, planes de reforma que afectarian profundamente los sistemas actuales, y mucho mas hubieran afectado los que regian en su tiempo, bien merece que nos ocupemos de lo que dijo y de lo que pensó, supuesto que á un hombre de esta clase debemos considerarle como profundamente instruido en la ciencia de la religion, é incapaz de ponerse en desacuerdo con las doctrinas de la Iglesia.

Importa tanto mas el ecsaminar las ideas de Tomás Moro, cuanto que los enemigos de la verdad podrian aprovecharse de su nombre para dar á entender que condenando las doctrinas de algunos innovadores, condenamos tambien las de uno de los ornamentos mas brillantes de la Iglesia católica.

Creemos poder demostrar que las opiniones de Tomás Moro nada tienen de comun con las de Saint Simon, Fourrier ú Owen; y que si bien habria mucho que decir sobre algunos pasages de su obra, se conoce, no obstante, que aun cuando supone que prescinde de la religion cristiana, no perdia de vista la luz que de ella podia recibir en la resolucion de los intrincados problemas que se le iban ofreciendo.

La publicacion de la famosa *Utopia* de Tomás Moro á principios del siglo XVI, es un fenómeno que indica á las claras el movimiento de los espíritus en dicha época, y que demuestra cuán falsamente han afirmado los protestantes y los incrédulos, que sin la revolucion religiosa promovida por Lutero, el entendimiento humano hubiera permanecido en las tinieblas y en la esclavitud. En este notabilísimo escrito se echan de ver miras tan elevadas, sentimientos tan generosos, tal deseo de mejorar la suerte del humano linage, que es asombroso el que un hombre de aquellos tiempos viera con tanta claridad los altos problemas sociales y se arrojase á emitir sus ideas con tanta libertad.

Ya desde entonces condenaba el ilustre canciller en sus escritos, así la vagancia como el esceso del trabajo á que están alternativamente sujetos los pobres de nuestro tiempo. Está á cargo de los magistrados sifograntos, decia, cuidar y reconocer que no haya vagamundos, sino que cada uno esté cuidadosamente ocupado en su ministerio. No comienzan su labor muy de mañana, ni trabajan continuamente hasta muy entrada la noche, ni se fatigan con incesante molestia como las bestias, porque es infelicidad mas que de esclavos la de los que perpetuamente han de estar trabajando, como sucede á los que viven fuera de Utopia.

Señalaba uno de los medios mas á propósito para aumentar la riqueza y tener la abundancia de todas las cosas para las necesidades y comodidades de la vida, el que no hubiese en la sociedad muchos brazos improductivos que consumiesen el fruto del trabajo de los laboriosos. Quejábase de que casi todas las mugeres y otras muchas clases permaneciesen en la ociosidad, y de que fuera tan reducido el número de los que se ocupaban en la produccion de las cosas necesarias, añadiendo, que si los que se emplean en artes inútiles, y los holgazanes que pasan sus dias en el ócio y en la flojedad, se ocuparan en obras de provecho, poco tiempo bastara para abundar de todas las cosas necesarias á la subsistencia y al regalo. "En otras repúblicas, decia, aunque sean prósperas y florecientes, y nadie tema morirse de hambre, procuran, no obstante, mas sus comodidades particulares que la conveniencia pública." . . . . . .

"¿Atreveráse alguno á comparar la equidad de otra gente con la igualdad de la república de Utopia? ¿Qué justicia es esa que un noble ó un plebeyo usurero, ú otro que ó no se emplea en nada, ó cuyos servicios son poco necesarios, se adquiera con la ociosidad el vivir con esplendor y regalo, y un esclavo, un hombre del campo, ó un oficial que trabajando de dia y de noche con tal fatiga que no pudiera tolerarla un bruto, gane escasamente el alimento que se proporcionan con menos incomodidad los animales, que ni andan tan cansados, ni los atormenta el temor de que pueda faltarles lo que necesitan? Al infeliz jornalero, lo escaso de su trabajo y el recuerdo de que ha de pasar la vejez en la pobreza, le aguijonea y aflige: el salario es tan tenue, que apenas le basta para el sustento, y así no le es posible ahorrar algun caudal que le ayude á pasar dias menos desgraciados, cuando la ancianidad haya quebrantado sus fuerzas. ¿Por ventura, no es ingrata é injusta aquella república que desperdicia grandes dádivas y caudales en los que se llaman nobles, en los artífices de cosas vanas, en los bufones, en los inventores de deleites superfluos, y en otros objetos por este tenor, no mirando con la debida benignidad y solicitud á los agricultores y artesanos, sin los cuales no puede conservarse la república? Desagradecida, abusa de los trabajos que pudieran serle de provecho, olvidando los afanes que á sus autores costarán; y sin acordarse de tamaño beneficio, cuando estos se hallan en necesidad, despues de haber pasado largos años con graves enfermedades, los recompensa dejándolos morir en estrema pobreza. Y ¿qué diremos de los ricos que se quedan con el salario de los pobres, no solamente con violencia y engaño, sino tambien con el pretesto de las leyes? Así, lo que antes parecia injusto, como era el no retribuir á los que habian hecho algun bien y servicio á la república, se escusa con el establecimiento de leyes nuevas, disfrazando con el nombre de justicia la ingratitud y la perversidad. Estas invenciones de los ricos, so color del bien público, se convierten en leyes; los hombres dañinos se reparten entre ellos, con insaciable codicia, las cosas que debian proveer á la subsistencia de todos . . . . . .

. . . . . .

"Revolved en vuestro ánimo lo que sucede en un año estéril, en que millares de personas mueren de hambre: llanamente me atreveré á afirmar, que si al fin de aquella carestía se manifestasen los graneros de los ricos, se hallaria tanto trigo, que repartido entre los infelices, ni uno solo hubiera perecido de necesidad. Fácilmente pudiera haberse proveido al sustento de todos, si el dinero inventado para nuestro bien, no hubiese servido á estorbar el remedio de

los males. No me cabe duda de que tambien los ricos sienten y entienden así estas cosas, y que no ignoran cuánto mejor fuera la condicion en que no se careciese de nada necesario, librándose de innumerables daños, que no el vivir ellos con riquezas tan abundantes, y muchas superfluas. Yo tengo por cierto que el respeto debido á la autoridad de Jesucristo, el cual con su sabiduría y bondad pudo aconsejar aquello que era mejor, hubiera sometido el mundo á estas leyes, si no se hubiera opuesto la soberbia que no estima en tanto los bienes propios como los agenos deleitándose en afligir á los pobres" . . . . . .
"Esta quisiera ser tenida por diosa aun cuando no hubiese miserables en el mundo á quienes pudiera mandar, y de quienes pudiera triunfar resplandeciendo con las desdichas agenas y haciendo alarde de su poder y riquezas, con lo cual aflige y aumenta la miseria y la necesidad."

Por lo tocante á la organizacion de su república, vamos á dar una idea á nuestros lectores, que sin duda se complacerán en las miras grandiosas y sentimientos apacibles de aquella alma tan hermosa y elevada. Mas no esperen encontrar aquí los proyectos inmorales de Saint Simon, Fourrier ú Owen; muy al contrario, el insigne canciller, al paso que se proponia presentar el bosquejo de una nueva república en nada parecida á las ecsistentes, respetaba, sin embargo, los eternos principios de la moral; y lejos de soltar la rienda á las pasiones, y de esparcir la semilla de todos los vicios como lo han hecho los innovadores de nuestros tiempos, solo trataba de hacer mas felices á los hombres, refrenando sus malas inclinaciones y llevándolos por el camino de la virtud.

En la isla de Utopia tiene cincuenta y cuatro ciudades, todas iguales en idioma, leyes é instituciones, y construidas bajo un mismo plan. Las mas cercanas están á veinticuatro mil pasos; pero ninguna tan apartada de las otras que un peon no pudiese andar el camino en una sola jornada. La capital se llama Amauroto, está sentada en medio de la isla, y á ella concurren cada año tres ciudadanos espertos y ancianos de las ciudades subalternas.

Ninguna ciudad tiene de término mas de veinte mil pasos en contorno, escepto las que están mas desviadas, ecsigiéndolo así la situacion en que se encuentran con respecto á otras. Los labradores se consideran mas bien como usufructuarios que como señores de las tierras. Cada familia rústica consta á lo menos de cuarenta personas á quienes se les señala un padre y madre de familia, de adelantada edad y costumbres venerables; formándose con cada treinta cortijos una especie de distrito que tiene designado su gefe.

Los ciudadanos salen sucesivamente al campo para ocuparse de la labranza, y cada año vuelven á la ciudad veinte individuos de cada una de las familias agrícolas, despues de haber residido dos años en las alquerías. Mas no queda por esto ningun vacío, porque salen otros tantos de la ciudad para reemplazarlos. Así logran que nadie ignore el arte de labrar los campos, que todos se acostumbren á la fatiga de estos trabajos, dejando al propio tiempo en libertad de continuar dedicados á la agricultura á los que gusten de ella. Todos los instrumentos de labranza los suministra el magistrado de la ciudad, sin que le cuesten nada al que los recibe. Y es de notar, que en llegando el tiempo de la siega, los directores de la labranza avisan á los magistrados del número de brazos que se han menester, los que saliendo de la ciudad un dia sereno, dan cima á la faena en pocas horas, poniendo el grano á cubierto de todo contratiempo.

Todos los años eligen un magistrado para cada treinta familias: en su lengua antigua le llamaron Sifogranto, y en la moderna Filarco. Estos filarcos están sometidos de diez en diez á otro magistrado superior, que antiguamente apellidaban Tranivoro y ahora Protofilarco. Los sifograntos son en número de doscientos, y prestan juramento de que elegirán en votacion secreta por príncipe, á uno de cuatro que propusiere el pueblo, y al que ellos juzgaren mas conveniente. La dignidad de príncipe es vitalicia, á menos que no venga en sospecha de que quiere tiranizar el Estado. Los tranivoros consultan con el príncipe cada tres dias, á no ocurrir algun negocio que ecsija se junten con mas frecuencia, y no toman ninguna determinacion sin que la hayan discutido tres dias antes: á veces se tratan tambien los negocios en las juntas generales de toda la isla.

Es costumbre en el senado el no entablar discusion sobre un asunto el primer dia que se le propone; evitándose de esta manera el que cada cual se arroje á decir inconsideradamente lo primero que se le ocurre, y que despues se obstine en defender su dictámen, mas bien por vergüenza de abandonarlo, que por miras de utilidad pública.

No se permiten juegos de dados, y solo usan dos muy parecidos al ajedrez; el uno es una batalla en que los de una parte despojan á los de la opuesta, y el otro tiene un objeto altamente moral, pues que es una especie de escuadron en que los vicios pelean contra las virtudes, y se opone cada vicio á la virtud correspondiente; trabándose entre los dos la lucha, y manifestándose en los medios que emplean lo que da en realidad el triunfo á la virtud sobre el vicio, y los ardides con que aquella se defiende de los ataques de éste.

Las ciudades se componen de familias; los hijos y los nietos viven bajo el gobierno y obediencia del mas anciano, á no ser que la mucha edad le haya enflaquecido la razon, que en tal caso le sucede el inmediato. Si alguna familia está falta de individuos, se los prestan las otras. Cuando la poblacion se multiplica demasiado, envian el sobrante á otras ciudades donde escasee; y si toda la isla rebosa de gente, fundan colonias en las tierras inmediatas.

Cada ciudad se divide en cuatro cuarteles, y en medio de cada uno de estos hay una plaza donde se hallan todos los productos de la tierra y de las artes. Todo padre de familias se lleva lo que necesita para sí y los suyos, sin dar dinero ni otra recompensa. Las reses muertas las ponen en lugar donde se puedan lavar bien; y es notable que no permiten que ningun ciudadano se ocupe en degollar, desollar ni cortar, porque temen que con esta costumbre no se vuelvan crueles é inhumanos, perdiéndose poco á poco el horror á estos actos que siempre encierran algo de atroz y repugnante. Así es que solo los esclavos están encargados de estas ocupaciones.

Los ciudadanos tienen mesa comun, y es curioso el sistema que se sigue en estos banquetes. Cada barrio tiene unas salas públicas donde moran los sifograntos, y á cada uno de estos se le señalan treinta familias, acomodándose quince de ellas á cada lado de la mesa. A horas señaladas los despenseros acuden á la plaza para proveerse de lo necesario, bien que es preciso que aguarden á que el despensero del hospital haya tomado lo que haya menester para las necesidades y regalo de los enfermos.

En cada ciudad hay cuatro hospitales públicos: están á las inmediaciones de ella, pero fuera de las murallas; son tan grandes, que al verlos cualquiera diria que el edificio es un pueblo. La buena disposicion de las salas, la abundante provision de todo lo necesario, la solicitud y caridad del servicio, la asistencia de médicos doctos, en una palabra, la reunion de cuantas circunstancias se pueden desear, hace que los enfermos quieran mas pasar á ellos que no continuar en su propia casa.

En llegando la hora de comer ó de cenar, las familias son llamadas á son de trompeta; y si algunos quieren llevarse alguna refaccion de la plaza á su casa, nadie se lo prohibe porque conceptúan que quien lo hace es porque lo necesita.

La asistencia á las comidas públicas no es obligatoria, pero nadie se escusa de acudir; porque consideran que es cosa indecente el comer aparte, y ademas, porque en las salas comunes que llaman tinelos, encuentran manjares tan abundantes y regalados, que difícilmente los podrian disfrutar en sus casas. Durante la comida se

lee un breve rato algun escrito moral; pero teniendo el cuidado de que no llegue á causar fastidio. Despues de la lectura, los ancianos suscitan conversaciones agradables, y procuran que hablen los mancebos, para que abriéndose estos mas francamente con la libertad de la mesa, se eche de ver cuáles son su índole y disposiciones. No se crea, sin embargo, que sea permitida la licencia, antes al contrario, están tomadas todas las precauciones para evitar los escesos. En la mesa principal, situada á la cabecera de la sala, está el sifogranto con su muger: á su inmediacion dos de los mas ancianos, y van siguiendo mezclados los de diferentes edades, de suerte que los mozos no puedan decir ni hacer cosa que no lo vea alguno de edad provecta; lográndose de esta manera que el respeto y autoridad de los mayores evite los escesos á que podrian entregarse los jóvenes, si no tuviesen testigos que pusieran coto á su fogosidad y destemplanza.

Cuidan de tal manera que la sed del oro no corrompa los corazones, que han procurado hacer que cayera en desprecio este metal, así como la plata, con la estrañeza de fabricar de barro y vidrio las vajillas, y destinando los metales preciosos á los usos mas inmundos. De oro y de plata labran los grillos y cadenas para prision y castigo de los esclavos. Los zarcillos de las orejas, los anillos y cabestrillos de oro, son marcas de ignominia.

En cuanto á los diamantes, carbunclos y todo linage de perlas, solo los hacen servir para engalanar á los niños; pero en llegando éstos á mayor edad, se avergüenzan de esas preciosidades y las dejan como juguetes impropios. Así es que cuando los embajadores de Anemolio fueron allá recamados de oro, adornados de sortijas y cadenas de gran precio, los utopianos los miraban como esclavos, y los niños al verlos pasar tocaban á sus madres y les decian: "Madre, madre, ved ese simple que usa perlas y joyas como si fuera niño." Los embajadores llegaron al fin á conocer la estrañeza que causaban á los utopianos y dejaron su primitivo engreimiento. Maravillábanse los de Utopia, dice aquí Tomás Moro con notable dignidad, que hubiese algun hombre cuerdo á quien entretenga el deleite del vano resplandor de una piedrecilla, pudiendo mirar la hermosura y belleza de los astros, y sobre todo, del sol; de que hubiese hombre tan vano que se imaginase mas noble porque viste de paño mas delgado y costoso, cuando es cierto que la mas delgada lana tuvo su principio y se crió en la oveja: tambien se maravillaban que en todas partes se haga tanta estimacion de cosa tan inútil como de su naturaleza es el oro, y de que le aprecien hasta tal punto que el mismo hombre, á cuyo servicio está destinado el metal,

sea estimado en menos que él, de suerte que hay persona tan pesada como el plomo, y que no tiene mas sentido que un tronco, que á la necedad reune la maldad, y sin embargo, tiene por esclavos á otros sábios y honrados, solo porque á él le cupo en suerte el tener gran cantidad de escudos . . . . . A mas de esto se maravillan y abominan de la locura de aquellos que á los que conocen ricos, aun cuando no les deban nada ni estén ligados con ellos por ninguna obligacion, solo por ser ricos los honran tanto que no falta sino que los veneren como á dioses; y esto conociéndolos tan escasos, miserables y avarientos, hasta saber con certeza que de tan grandes tesoros no les han de socorrer con un maravedí."

Artículo sesto.

LA UTOPIA DE TOMAS MORO.

(Conclusion.)

No hace consistir Tomás Moro la felicidad del hombre en la satisfaccion de las pasiones, como lo han hecho los novadores irreligiosos; no prescinde de la inmortalidad del alma y de los premios y castigos que le están reservados en la otra vida: esplicando los principios de la filosofia moral entre los utopianos, afirma que los fundamentos de ella son que el alma es inmortal, nacida por la bondad de Dios para ser feliz, y que á la virtud y al vicio les está reservado el premio ó el castigo. Combate con mucha solidez el principio que pretende afianzar la moral sin ningun freno, por lo que se espera ó teme despues de esta vida, diciendo: "Seguir las dificultades y asperezas de la virtud, no solo huyendo de lo suave de la vida, sino voluntariamente abrazando y sufriendo pesares, cuando de ello no se espera ningun fruto, afirman los utopianos ser locura; porque si despues de acabada la vida no se consigue premio, ¿de qué sirve el haberla pasado miserablemente? . . . . . .

Definen la virtud diciendo que consiste en vivir segun la ley natural, y que para solo esto fuimos criados por Dios, siguiendo el

verdadero camino, aquel que conforma sus apetitos á la razon. Finalmente, enseñan que esta misma razon inflama á los hombres en el amor y veneracion de Dios, á quien somos deudores del ser que tenemos, y de que séamos capaces de alcanzar la dicha.

Se ha inculpado al autor de la Utopia, por haber presentado á su isla imaginaria poseyendo esclavos, estrañándose algunos de que no desterrase este uso tan poco conforme con la suavidad de costumbres que se proponia retratar; mayormente cuando en su tiempo ya el cristianismo habia llevado las cosas á tal punto que en casi toda la Europa se habia efectuado la emancipacion, y se mejoraba señaladamente el sistema feudal. No obstante, si se lee con reflecsion el capítulo donde el ilustre canciller trata de los esclavos, se verá, que así en cuanto al orígen de ellos, como por lo tocante al modo de tratarlos, la esclavitud en la isla de Utopia es de tal clase, que apenas desdora el pais en que se halla establecida.

En primer lugar, dice que los utopianos no reducen á la esclavitud á los prisioneros de guerra, ni aun á aquellos que la comenzaron. Ese estado degradante tampoco se transmite en Utopia de padres á hijos, y no compran á ninguno que esté en servidumbre en otras naciones. De esta suerte ciegan los tres manantiales de esclavitud, que son la guerra, el nacimiento y la venta. ¿A quiénes, pues, tienen por esclavos? á los que han sido condenados á ello por algun delito, sea que este castigo se les haya impuesto en la misma isla, sea que perteneciendo á otro pais, hayan sufrido en él la misma pena. Así, estos esclavos mas bien deben ser considerados como condenados á presidio; por lo cual los tienen en prisiones, tratándolos con dureza, ocupándolos continuamente en trabajar, para que de esta suerte expien sus crímenes. Hállase allí, dice, otra suerte de servidumbre, que es cuando algun estrangero pobre y de baja condicion, elige él mismo someterse á servir. A los de esta calidad, los tratan benignamente, y los tienen por poco menos que ciudadanos, escepto que les cargan algo mas de trabajo; pero si alguno quiere marcharse, lo que sucede raras veces, no le detienen contra su voluntad, ni lo despiden sin galardon.

Un lunar se encuentra en dicha obra relativa al suicidio, pues que refiere una costumbre de los utopianos, que de ningun modo se puede escusar. Despues de haber dicho que los enfermos son asistidos con gran caridad, y que no se deja sin emplear ningun medio que pueda contribuir al restablecimiento de la salud, dice, que si alguno padece enfermedad prolija, le entretienen conversando con él, y aligeran cuanto pueden sus padecimientos; mas, que si la enfermedad es incurable, y continuamente dolorosa, los sacerdotes y el